

# LA LUZ DEL PORVENIR.

## Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

## REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

## Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡Dios da ciento por uno!—Impresiones al visitar un templo.—La verdad vence al error

## ¡DIOS DA CIENTO POR UNO!

Juan y Jacinta se vieron y se amaron, no sabemos por qué, no sería desde luego por la identidad de carácter, porque él era de un genio uraño, brusco y violento en grado máximo, y ella era una mujer prudente, sufrida, callada, cariñosa y espresiva y servicial con todo el que la ocupaba, sin desmentirse nunca su inalterable bondad, y él, aunque tenía un excelente corazón, pero era tan ágrío en su decir, que despedía huéspedes como se dice vulgarmente; pero como los contrastes dicen que producen la armonía, ello es que Jacinta y Juan se casaron, y se quisieron con toda su alma, sin que por esto dejara él de reñir y de alborotar la casa á todas las horas del día, pero como ella no le contestaba y lo único que hacía cuando no podía sufrir más era llorar en silencio: él al ver esto se arrepentía, se amohinaba y tenía ella con su paciencia de santa que animarle, y quitarle el enfado, y así pasaban su vida siempre juntos, por que Juan por la especialidad de su carácter no podía tener amigos, reñía con todos y siempre venía á mortificar á Jacinta, por esto le amaba y le compadecía al mismo tiempo.

Tres niños de carácter tan violento como el de su padre vinieron á aumentar los cuidados de Jacinta, y muchas veces se decía la pobre mujer á sus solas:

—¡Ay! ¡Señor! si yo tuviera una niña quizás esta tendría mi genio y sería mi consuelo y me serviría de compañera, ¡válgame Dios! qué desgracia.

Una noche del mes de diciembre que llovía á torrentes, Jacinta acostó á sus hijos y se quedó con su marido sentada junto al hogar mirando vagamente las extrañas figuras y ondulaciones de las rojizas llamas.

—¿En qué cavilas? la dijo él.

—En nada, contestó ella con dulzura.

—En nada, mentira, á que estás pensando si tuvieras una niña ¿crees que yo no conozco tus dulces deseos?

—No hombre, no; que tontería.

—¿Serás capaz de negar la verdad? si todas sois lo mismo.

—Yo no niego nada, porque no es ningun crimen el alegrarme si Dios me enviara una niña.

Un fuerte aldabonazo dado en la puerta de la casa hizo estremecer á Jacinta, y levantar á Juan diciendo en coro.—¿Quién será á estas horas?

—Alguien que quiere entrar, prosiguió Juan, y cogiendo el candil se fué abrir la

puerta seguido de Jacinta, la abrieron y el viento y el agua les apagó la luz, al mismo tiempo oyeron llorar á un niño con bastante fuerza.

—¡Demonio! esclamo Juan. ¿Qué comedia es esta?

—Nada, dijo Jacinta cogiendo un bulto que habian dejado en el umbral de la puerta; es un niño que nos envia la providencia. Cierra, cierra la puerta, y se fué corriendo á la cocina, única pieza iluminada por el grueso tronco que se quemaba en la chimenea.

Juan encendió la luz y se acercó á Jacinta que cubria de besos á una criatura de 6 á 8 meses muy envuelta en finísimos pañales, y en ricas mantillas, en una capa forrada de pieles con hule por fuera.

—Ay! Juan, mira, mira, trae un papel, un papel entre la faja; á ver lee, lee, Juan cogió el papel y leyó lo siguiente:

«Esta niña se llama Consuelo, tiene siete meses, y se suplica á Juan y á su esposa que la quieran como á hija, que Dios les recompensará algun dia.»

—¿Sabes lo que te digo? dijo Juan al concluir la lectura, que ahora mismo voy á dejar á esta niña en la Inclusa que yo no quiero enredos en mi casa.

—¡Hombre por Dios! no seas así; le dijo su esposa llorando amargamente! No te dá lástima. ¡Pobrecita! mírala que hermosa es, llevarla con esta noche tan espantosa seria cometer un asesinato tan léjos como estamos de la ciudad. Tú no tienes mal corazon con nadie y quieres tenerlo ahora con esta infeliz criatura que no se puede defender, lo que debes hacer es tomarla en brazos mientras yo le hago unas sopitas á ver si las come, que mañana ya le daremos leche.

Juan refunfuñando tomó á la niña que lloraba, y como por encanto Consuelo se calló al verse en sus brazos. Juan al ver esto se conmovió y dándole un beso á la niña murmuró:

—¡Qué gente tan sin entrañas hay en el mundo! ¡pobre cbiquilla esta! la ropa que trae es muy buena; no la habrán tirado por miseria, pero lo dicho, dicho, Jacinta, lo que es mañana la llevo á la Inclusa, que yo no quiero en mi casa más niños que los míos.

Jacinta no le contestó porque comprendia muy bien que su marido no seria capaz de hacer lo que decia. Le dió sopitas á Consuelo que las fué comiendo con un excelente apetito y una hora despues se acostaron, durmiéndose Consuelo en los brazos de Jacinta.

Al dia siguiente Juan refunfuñó y gruñó y grito más que de costumbre, y al llegar la noche le dijo Jacinta:

—Mira, Juan, antes que todo es tu voluntad, llévate á Consuelo, voy á traerle la capa, Juan se levantó, dió algunos pasos, miró á su mujer, le dió dos golpecitos en el hombro y se volvió á sentar diciendo:—Te veo, te veo venir, sabes más que la justicia.....

—Lo que yo sé es que tu eres muy bueno, por eso te quiero tanto, y cogiendo á Consuelo la puso en los brazos de su esposo, y como si la niña conociera que á aquel era á quien habia de conquistar, en cuanto él la tomaba se sonreia, y él decia, es extraño, mis hijos nunca han callado conmigo, y esta criatura parece que me ha visto desde que nació.

¡Quién sabe de cuantos siglos se conocerian! lo cierto es que Consuelo fué verdaderamente el consuelo de aquella familia. Juan la llegó á querer con delirio, sus hijos tenian celos, pero tambien la querian, y Jacinta era dichosa porque Consuelo era su más fiel traslado, humilde, cariñosa, obediente, y sobre todo, ¡la queria tanto! la comprendia tan perfectamente, que Jacinta daba gracias á Dios continuamente por su venida, pero como todo no puede sonreir, si bien ganaron en tranquilidad

doméstica, en cambio Juan fué perdiendo en sus negocios, que era corredor y cuantos asuntos emprendía, otros tantos le salían mal, hasta el punto de quedarse reducido á la mayor miseria, despues de hacer el último sacrificio de librar á su hijo mayor de la quinta.

Jacinta y Consuelo que llegó á cumplir 17 años, cosían ropas de hombre y ganaban para ir comiendo, los chicos trabajaban en una imprenta, pero la mitad del tiempo estaban sin trabajo por su carácter pendenciero y camorrista, capaces de reñir hasta con su sombra. Solo Jacinta y Consuelo eran los ángeles de paz que disipaban todas las tormentas y los chicos querían tanto á Consuelo especialmente Tadeo, que era el mayor, que solo ella conseguía apaciguarlos y ponerlos en bien.

Una tarde estaba Consuelo á la puerta de su casa comiendo un pedazo de pan con carne, que se había guardado de la comida, cuando vió venir á un anciano cubierto de harapos, sin sombrero, sus cabellos muy largos y su lengua barba eran blancos como la nieve, y le daban un aspecto tan venerable y tan simpático, que aun cubierto de andrajos imponía respeto, iba pidiendo limosna á cuantas personas encontraba; llegó ante Consuelo y antes que pidiera, ella le alargó el pan y la carne diciéndole con triste sonrisa, tome, hermanito, no tengo más.

El mendigo cogió con avidez la ofrenda de Consuelo y la llevó á sus labios saboreándola con delicia. La jóven lo miraba con ternura compasiva y le dijo:

- ¿Ha venido V. de fuera? nunca le he visto por aquí.
- Llegué anoche de muy léjos, buscando un alma buena.
- Si pasa V. mañana por aquí llame si no le veo.

—Bueno, hija, Dios te lo pague; y el anciano se fué, notando Consuelo que no pidió á nadie más, al dia siguiente volvió y Consuelo ya lo estaba esperando y tambien le dió toda su merienda, repitiéndose esta escena por espacio de año y medio, y aun Jacinta por darle gusto á Consuelo siempre que podía compraba algo espresamente para el anciano. Juan y sus hijos no sabían nada de esto al principio, y cuando se enteraron riñeron un poco, pero como era cosa de Consuelo al fin se callaron y dejaron hacer.

Una mañana llegó un muchacho preguntando por Consuelo diciéndole que el pobre San Cayetano, (así le llamaban á su protegido no sabemos porqué) estaba muy malo y le suplicaba que fuera á su casa, que ya sabía ella donde vivía. Consuelo le prometió que iría, y en seguida se dispuso á ir con Jacinta, se enteró Juan y dijo ya iré yo con vosotras no sea esto alguna picardía, y se fueron los tres á ver á San Cayetano. Este vivía en un miserable cuartucho de un piso bajo, todo el mobiliario de su cuarto consistía en un mal jergon cubierto con una manta llena de agujeros y un lio de trapos que le servía de almohada.

El viejo estaba acostado, sin que nadie se tomase el trabajo de acompañarle. ¿Para qué? ¿un mendigo es acaso una persona?

Cuando vió entrar á Consuelo y á sus padres se incorporó y lágrimas de gratitud rodaron por sus mejillas, diciendo con acento entrecortado:

—Siéntate, Consuelo, siéntate junto á mí, escúchame. Dios dá ciento por uno, ya se que eres pobre, y que sin la caridad de estas buenas gentes, ¡sabe Dios lo que hubiera sido de tí! y yo sin tu cariño me hubiera muerto desesperado, al verme solo, despreciado de todo el mundo, y ya que tú has sido tan buena que te has privado de una parte de tu alimento para dármelo á mí, yo en nombre de la gratitud voy á recompensarte. De resultas de un crimen por celos, que cometí hace muchos años, me impuse la penitencia de vivir de limosna y de humillacion, guardando el resto de mi fortuna para entregarlo á un alma buena, si la encontraba, y en caso de no hallarla la hubiera legado á un hospital, pero te he hallado á tí, y es mi voluntad que seas tú mi única heredera, y sentándose, rebuscó en el lio de trapos que le servía de almohada un canuto de laton y de él sacó un papel arrollado diciendo esta es una copia de mi testamento, el cual está archivado, donde dice la nota que hay al pié del escrito, y le entregó á Juan el papel, y despues fué sacando del jergon hasta catorce taleguitos que se los fué entregando á Consuelo diciendo:

—Ahí tienes en oro el resto de mi fortuna, grandiosa un dia; y hoy insignificante,

pero aun suficiente para proporcionar á tí y á tu familia un porvenir tranquilo; con 14.000 duros, aun podreis vivir bien.

Quiero que este acto quede envuelto en el misterio más profundo, y solo en caso preciso mostrareis á quien corresponda mi testamento, dejad que la caridad me entierre, y si me enterrais vosotros que me arrojen á la fosa comun, y que no hagais nada ostensible, y cuidado con desobedecerme, yó muero tranquilo, olvidado de todos, sé que debo morir así, que no merezco más atenciones, sé lo que he sido, criminal por instinto, no; pero mi arrebató costó la vida á un hombre. Dios tenga piedad de mí, ahora idos, y volved á la tarde.

Consuelo y sus padres no podian darse cuenta de lo que les pasaba, no querian dejar al anciano, pero este reiteró su órden con tanta autoridad, que al fin tuvieron que obedecerle, se fueron, y á la tarde volvieron, el viejo mendigo ya estaba espirando, pero aún tuvo fuerza para estrechar la mano de Consuelo y buscar como punto de apoyo el pecho de Juan, diciéndole: quiero morir en los brazos de un hombre honrado, y espiró.

Lo enterraron como él habia pedido, lo más pobre posible, pero Jacinta y Consuelo oyeron innumerables misas en distintas iglesias, dichas en sufragio del anciano pordiosero.

Juan, alma noble y desinteresada, no queria utilizar el dote de Consuelo, y solo consintió en manejar el dinero si Consuelo se casaba con su hijo mayor, con Tadeo, que hacia mucho tiempo le decia á su padre:

—Cuando gane un duro de jornal, si Consuelo me quiere, me caso con ella.

Consuelo, conociendo que de tal casamiento dependia todo el porvenir de la familia, se casó con Tadeo, y este y su padre, tuvieron tanto acierto en manejar el dinero, que, algunos años despues, eran nombrados por sus riquezas y por su caridad; pues cuando Juan se veia tan feliz, le decia á Jacinta.

—¿Te acuerdas? quién nos habia de decir, que una niña abandonada y un mendigo, nos proporcionarían tanta felicidad y tanta abundancia en nuestra vejez.

Consuelo, mientras tanto, se fué instruyendo cada dia más en el estudio y llegó á sus oídos que los muertos hablaban; esto la interesó vivamente é indujo á su marido á que se interesara tambien: compraron obras espiritistas; leyeron ansiosamente, en especial ella, que se acordaba mucho de su bienhechor el pordiosero, y deseaba saber como se encontraba aquel espíritu, y que habia sido de sus padres. Con este motivo bastante poderoso, guiada por su noble y justo deseo, y no por impertinente curiosidad, Consuelo llegó á ser una buena espiritista, y asistía á las sesiones con fé profunda, ávida de saber: al fin una noche, un médium escribiente obtuvo una comunicacion, cuyo resumen es el siguiente:

«El espíritu del mendigo: gracias á su arrepentimiento está en bastante buen estado, aunque tendrá que volver repetidas veces á la tierra, pero en mejores condiciones.»

«No te extrañe el afecto que os unia, porque en vuestra anterior encarnacion, él fué tu padre y te quiso mucho, porque tú eras muy buena, pero él no lo era; cometió muchos desaciertos, causando en uno de ellos la ruina y la muerte de Juan, tu padre adoptivo en esta encarnacion; tú, le asististes en sus últimos momentos á Juan y te hicistes monja, para lavar con tu penitencia las faltas de tu padre, pidiendo para tú vida actual ser su ángel bueno como has sido en los últimos dias de su penosa encarnacion, que por tí murió bendiciendo á Dios.»

«El misterio que envuelve el principio de tú existencia no me es dado aun revelártelo, pero él dió márgen á que tus padres te abandonaran y te llevaran á casa de Juan, porque tu mision era amarle, endulzar su vida, y por último, devolverle una parte de la fortuna que tu padre le arrebató.»

«Admira y bendice los estraños y misteriosos medios de que se vale la providencia para cumplir sus designios, y no desprecies nunca á los pequeñitos, porque la humanidad no es más que una sola familia.»

Consuelo, al leer tal comunicacion, corrió gozosa á su casa para leerla á Juan que, aunque le costo trabajo entenderla, al fin dijo:

—Cátate ahí, porque cuando yo te tomaba en brazos te callabas enseguida, y yo decía, ¡Cosa más rara! parece que esta muchacha me conoce, mis hijos no se callan conmigo y esta sí; y cuando quería llevarte á la inclusa, alguien me decía, *No la lles.*

Jacinta escuchaba embobada y bendecía la misericordia de Dios.

Cuántas historias, cuántas simpatías, cuántas afecciones vienen á continuar en la tierra sus interrumpidas manifestaciones.

Cuántos castigos, cuántas recompensas.

¡Cuántos pagarés vencidos! ¡Cuántas letras protestadas venimos á pagar en el mundo!

Nuestro padre de ayer, es nuestro siervo hoy, el asesino del pasado, es libertador del presente.

No hay clases, no hay razas, no hay dignidades, los espíritus no tienen más árbol genealógico que sus virtudes, más bienes que su amor, ni más porvenir que su abnegación y su caridad.

Seamos buenos, muy buenos, pensemos en el mañana, no nos envenecemos con las glorias del presente si estas no están cimentadas en la fé, en la razón, y en la ciencia, y sobre todo en la caridad que es la síntesis de Dios.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

---

## IMPRESIONES AL VISITAR UN TEMPLO.

---

Cuando el espíritu cansado de luchar en los rudos combates de la vida, se desprende algunos momentos, de sus deberes materiales para dedicarlos á la contemplación, parece que respiramos otra atmósfera, más pura y más agradable; más son tan escasos esos momentos, que cuando los podemos alcanzar, nos sucede lo que al pájaro que se ve por corto tiempo privado de la libertad, y cuando la recobra el espacio es pequeño para él, huye, salta y vuela, todo á la vez temiendo volver á caer en las redes de su prisión. Nosotros al igual que el pájaro, con poca diferencia, salimos de aquí, para allá buscando los lugares más apropósito para pasar el rato distraído y útil á la vez.

En este estado nos hallábamos una mañana cuando vino una amiga nuestra pidiéndonos, la acompañásemos á visitar un templo que habian levantado, el cual segun decian tenia muchas bellezas.

¡Un templo! buen sitio para distraerse pensamos nosotras, pero como era una amiga *política*, no pudimos rechazar su ofrecimiento, y pensando al mismo tiempo, que en el templo, tambien hay mucho que estudiar, porque es símbolo de la hipocresía y un hipócrita, necesita estudiarse mucho para comprenderle.

Ella iba con la fé de visitar á Dios, pero lo que toca á nosotras era el reverso de la medalla, nos llevaba la curiosidad, y al mismo tiempo, la poca franqueza que mediaba entre las dos, porque nosotras para visitar á Dios no necesitamos asistir á los templos de piedra, donde solo impera el lujo y la hipocresía; nuestro templo es la creación, y como nuestro Dios es tan grande sentimos eflúvios en todas partes; contemplamos su grandeza en el espacio, en la inmensidad de los mares, en el aroma de las flores, en el canto de las aves y en el rugir de las fieras, en todas partes contemplamos y admiramos su gran omnipotencia.

Entramos en el templo, y efectivamente nada habian exagerado al decir que era una obra maestra; estábamos solas las dos porque no era día de oficio, y tuvimos ocasion de admirar el talento y la inteligencia del arquitecto que habia ideado aquel edificio; allí no habia nada que desear con sus columnas de mármol que se levantan suntuosas sosteniendo elevadas bóvedas, sus hermosas pinturas, sus bellas imágenes labradas con un gusto artístico y esmerada perfección. A la vista de tantas riquezas reunidas, no pudimos menos de exclamar con amargo sentimiento ¡Qué lástima que habiendo en España tan imperiosa necesidad de construir escuelas para la instrucción tan sumamente olvidada en muchas de sus capitales, se invierte el dinero tan inútilmente levantando

sombras ante los divinos rayos del progreso! mientras que si alguien quiere llevar la iniciativa para abrir academias para la instruccion de la muger, sus nobles gritos se pierden en el espacio cual hoja seca que arrebatada el viento, mientras que para levantar templos no faltan potentados que hipócritamente, y sin ninguna clase de obstáculos que se lo impidan, dejan caer sus ducados á manos llenas!

¿Qué importa que la muger se arrastre por el lodo de la más crasa ignorancia, mientras ellos puedan lucir sus trajes ostentando en sus manos la luz que falta en sus inteligencias? ¿Qué importan los gemidos del infeliz obrero que falto de trabajo no cuenta con los recursos indispensables con que alimentan á su querida familia? ¿qué les importa todo eso mientras no disminuyan un ápice sus tesoros?

¡Pobre España! tu paso en el progreso es muy lento; nunca ocuparás los primeros lugares mientras el catolicismo de piedra tenga sentados sus reales! en tí existen un puñado de libre pensadores nobles adalides del progreso que quieren llevar su grano de arena al pedestal de la civilizacion pero ¡Ay! otros y no pocos, son los que tienen preponderancia sobre la humanidad, y son los que ahogan nuestros gritos de libertad y progreso.

Estas y otras consideraciones cruzaban por nuestra mente con la rapidez del rayo, mientras mirábamos el sombrío templo, sombrío si; porque la luz del sol no puede penetrar en los lugares donde tantos sacrilegios se han consumado, y sus sombras se levantan cual fantasmas impidiendo que la luz penetre en sus recintos.

Ya nos disponiamos á salir cuándo oímos un ruido extraño parecido al que hacen las madres cuándo quieren adormir á sus hijos cuyo ruido era el canto monótono de las monjas, que regularmente habitaban aquel sagrado edificio, las cuales nos obligaron á apresurar nuestra salida por no caer en un profundo sueño, y dieron lugar á nuevas consideraciones.

¡Pobres mujeres que en la primavera de vuestra vida os concretáis á vivir separadas del mundo! ¡plantas estériles que dejáis la tierra sin que vuestras raíces se esparzan para dar vida á la humanidad! ¡débiles seres que os dejáis conducir donde os lleva el vendabal de la hipocresía! ¿Quién elevará una plegaria ante vuestra tumba? ¿Quién llorará vuestra ausencia? ¿Quién cerrará vuestros ojos al abandonar la tierra? ¡Pobres espíritus! cuán dignos sois de compasion; careceis de todos los goces que Dios concede á sus hijos; careceis de padres amorosos, de esposo amante y de tiernos hijos, porque al formular vuestro voto os separais por completo de la vida para encerraros en una estrecha celda olvidándoos de todos. ¡Pobre monja! tú no experimentas legalmente los dulces goces de la tierna esposa, cuando siente agitar su seno, por primera vez; tú no puedes saber la ternura que encierra su corazon cuando por vez primera y con los labios trémulos de placer se acerca al compañero inseparable de su vida y estrechándole contra su corazon le dice balbuciente: esposo mio: ya no eres solo, las leyes de la naturaleza van á cumplirse, vas á tener un heredero de tu nombre ¡Tú no puedes medir el valor de esas palabras, tu corazon es de nieve, porque al envolverlo con los toscos sayales de la mujer del claustro, se agota toda la ternura y todo el sentimiento que tus buenos padres te legaron, y todo porqué? porqué te lo robaron hombres sin corazon, hombres que nunca amaron, porque la palabra amor, es una palabra nula para ellos y hacen de ella un negocio haciéndoos ver de color de rosa, lo que es más negro que el azabache, y tú, cual cándida paloma te dejas arrebatada por el atrevido gavilan, que se apodera de tu conciencia como un niño con un juguete de carton.

Todo esto no sucedería si en vez de emplear el dinero en inútiles templos, para mantener la ignorancia, lo empleáran en construir escuelas puramente gratuitas donde pudiera ir la clase obrera á aprender los sagrados deberes que tanto la mujer como el hombre están en la obligacion de cumplir: edúquese á la mujer pero no con esa educacion mística que reciben en la mayor parte de los colegios, despertad sus sentimientos para que sea dueña de su conciencia, y no habrá ocasion para que nadie se apodere de ella, hacedle ver lo grande de su mision, y no habrá tantas víctimas del fanatismo religioso.

Dedíquense esas colectividades que se precian de sábias á la enseñanza útil, y verdaderamente gratuita como llevamos dicho, fúndense colonias, agrícolas, destinando á

los pobres el producto de su trabajo, y entonces tendrán que agradecerles algo las humanidades.

Barcelona 3 Noviembre 1885.

RITA ARAÑO DE BALDRICH.

---

## LA VERDAD VENCE AL ERROR.

---

Surgía el día del seno de la noche. La naturaleza se habia despojado del negro crespón de las tinieblas para vestirse las sonrosadas gasas que la aurora le enviaba.

Poco despues el sol, despertando de su sueño, asomó por el lindero oriental del horizonte, y empezó á estender las hebras de su dorada cabellera sobre la faz de la tierra.

Todo recobró entonces animación y vida, levantándose esa confusión producida por infinidad de rumores y ruidos indeterminados que dan esa armonía imposible de describir, y que causa un deleite que extasía haciendo levantar la mente á lo infinito y el alma á los piés del Creador.

Las flores, mecidas por las brisas matinales, exhalaban su primer perfume y ostentaban en su seno una lágrima que habia acumulado el dolor de la noche.

Los pajarillos saludaban al astro-rey con sus cantares.

A lo léjos se veia un grupo de árboles, y cerca de ellos tres personas que se encaminaban á la cercana playa. Dos pertenecian al bello sexo y eran dos hermosas jóvenes, las que al parecer sostenian un animado diálogo.

Las acompañaba un jóven que parecia ser hermano de la de menos edad, que se llamaba Luz, segun su compañera acababa de nombrarla.

Convéncete, Adelaida,—decia Luz—arroja léjos de tí esas rancias preocupaciones que te hacen desconocer la infinita grandeza y sabiduría de Dios.

Te he dicho, Luz,—contestó Adelaida—que eso que tú llamas en mí rancias preocupaciones, es la religión de mis padres, y yo la respeto y la practico, pues ellos que no la encontraron censurable es porque es buena, y á mí no me corresponde reprobar lo que mis mayores aprobaron.

Ahí está tu error, querida amiga,—respondió Luz.—Has tomado la religión de tus mayores sin pasarla por el exámen y análisis de tu razon; te basta que tus padres la hayan encontrado buena para tú aceptar todos los errores de tus antepasados; no piensas que estamos sujetos á la ley ineludible del progreso, y que el progreso hace desaparecer lo pasado con sus desacreditadas instituciones y nos presenta el porvenir con sus nuevos ideales, con altos y superiores principios. Sí, querida amiga, estamos sujetos al progreso á cuya corriente avasalladora nadie puede sustraerse. Las ideas que profesaron los hombres de otra época no pueden ser las nuestras, porque nosotros hemos dado un paso más en la senda de la civilización; formamos una sociedad nueva que, con sus recientes necesidades y tendencias, no cabe en los antiguos moldes. Hemos de aceptar las nuevas ideas regeneradoras y despojarnos completamente de exclusivismos, preocupaciones y errores.

Oye, Luz, dijo sonriendo el jóven que las acompañaba—¿tú te has propuesto deramar toda la que encierra tu nombre? ¿quieres, ya que Luz te llamas, llevar luz á la razon de los que, como Adelaida, se empeñan en cerrar los ojos?

Sí, hermano mio,—contestó Luz,—y solo siento que mi pobre inteligencia no ayude á mi deseo, porque hay muchos que se empeñan en condenar las nuevas ideas sin tomarse el trabajo de examinarlas, ó porque examinándolas encuentran en ellas algo contrario á sus preocupaciones ó á sus intereses, y con sus falsos argumentos quieren oponerse al progreso, como si este pudiera detenerse ante obstáculos, ni detener su magestuosa marcha para conducirnos á la perfeccion; porque no se puede negar que nuestra época es superior á las que le precedieron, y así, el siglo venidero será un progreso sobre el siglo presente.

Algo me convencen tus razones—dijo Adelaida—pero yó no pienso como tú res-

pecto á la religion católica, porque tú quieres que no haya templos, ni altares, ni santos, y yó creo que solo en el templo se puede adorar á Dios y admirar su bondad y misericordia; solo en el altar se puede ver á Dios representado en el sacerdote, y solo viendo las imágenes de los santos podemos tener presentes á los que están en el cielo y que nos dieron buen ejemplo aquí en la tierra.

Tú, Adelaida,—replicó Luz—crees que solo en el templo se puede adorar á Dios. ¿Qué mejor templo quieres que la Creacion? Esa es la verdadera basílica en que admiramos al Creador. Mira la magestuosa marcha de los astros suspendidos en el espacio por la poderosa voluntad de Dios; mira, mira ese inmenso Océano cuyas blancas y espumosas olas vienen á estrellarse á nuestros piés, dejando la arena que arrastraban en su corriente y huyendo presurosas cual ilusiones que se desvanecen; escucha los pájaros que viven en los árboles y con sus lenguas arpadas elevan dulces trinos á su Creador; contempla tantas maravillas como encierra la Naturaleza, y tu alma, extasiada, no podrá menos que bendecir al Autor de tanta grandeza, y no podrás menos que reconocer que es la Creación el único templo digno donde se puede admirar la suma bondad, sabiduría infinita y poder del Soberano Autor.

Tambien dices, querida amiga, que debemos adorar las imágenes de los santos. Santo, solo Dios lo es, y Él nos ha prohibido adorarle bajo alguna figura que le presente. Esas imágenes que ves en los altares, las ha colocado la soberbia del hombre que quiere verse adorado como Dios. Esos que tú llamas santos son ídolos, y entre ellos ¡cuántos hay que no hicieron en el mundo otro mérito que llevar á sus hermanos á la hoguera y al tormento, y los fanáticos creyeron que con eso habian servido á Dios y los elevaron á los altares, venerándolos como santos! ¡Cómo si á Dios le agradara la sangre humana! ¡Cómo si Dios premiara la iniquidad!

Vamos ahora á lo demás que has dicho: Crees tú que en el altar se vé á Dios representado en el sacerdote? A Dios no podemos verlo porque somos muy pequeños é imperfectos para llegar á su presencia, y menos pueden representarlo esos sacerdotes que en su loca soberbia se creen semejantes á Dios. Sabes lo que hacen esos sacerdotes? pues esclavizan tu conciencia y oscurecen tu inteligencia, no dejando en ella ninguna luz que te haga ver el abismo á que te conducen. ¿Sabes lo que vale el sacrificio que en el altar se representa y durante el cual dicen ellos que Dios baja á sus manos? (¡loca creencia!) pues dicen que vale el rescate del alma, porque si está en el Purgatorio ellos pueden sacarla diciéndo misas siempre que se les pague. ¡Oh maldad! ¡quieren hacer creer que un Dios de bondad creó el Purgatorio y el Infierno para atormentar eternamente al alma por el desliz de un instante! y ¡oh ambición! dicen que por medio del interés de las misas se consigue la salida del Purgatorio á las almas que están en él. ¡Dios interesado! Dios ambicioso y cruel! ¡Dios dominado por las rastreras pasiones que dominan al hombre! Seguramente que el Dios benéfico de todo lo creado, no agradecerá á los católicos la negra pintura que hacen de su infinita misericordia.

Tus palabras me persuaden Luz—dijo Adelaida,—y me convencen porque hablas con un acento tan poseido de la fé que no es posible que me engañes.

Mis palabras te convencen, querida Adelaida, porque en ellas se traduce la verdad; y ten presente que en todas las ocasiones *la verdad vence al error*.

¿Qué contesta Vd., Adelaida?—preguntó el hermano de Luz—¿se confiesa Vd. vencida?

Sí, amigo mio, Luz me convence, y quisiera que todos los dias me dijera algo de las creencias que ella abriga, porque las mias me van pareciendo erróneas.

Pues antes asegurabas que eran buenas,—observó Luz riéndose.

Las dos amigas se levantaron poco despues, de la Peña en que se habian sentado; siguiólas el jóven y se fueron alejando de la playa; subieron despues una empinada cuesta, y torciendo hácia la derecha, se dirigieron á una preciosa quinta que les servia de morada en aquella estacion.

*Una libre-pensadora.*